

LA DERROTA A TRAVÉS DEL ESTRECHO DE MAGALLANES: EL VIAJE OLVIDADO DE JUAN LADRILLERO (1557-1559)

DEFEAT ACROSS THE STRAIT OF MAGELLAN:
THE FORGOTTEN TRIP OF JUAN LADRILLERO (1557-1559)

JULI«N GONZ«LEZ-BARRERA¹

RESUMEN

La vida de Juan Ladrillero (1505-1559) es poco conocida fuera y dentro del mundo académico, a pesar de ser el primer hombre en la Historia en haber cruzado el Estrecho de Magallanes en ambas direcciones. El presente trabajo intenta rescatar la figura del explorador español completando su biografía con nuevos documentos de archivo que además de hacer justicia a sus logros, resolverían de una vez por todas otros problemas adyacentes a su persona, como, por ejemplo, la confusión con el “otro” Ladrillero, contemporáneo a nuestro protagonista.

Palabras claves: Juan Ladrillero (1505-1559), Estrecho de Magallanes, siglo XVI, Chile colonial.

ABSTRACT

The life of Juan Ladrillero (1505-1559) is almost unknown inside or outside the academic world, although he was the first person to cross the Strait of Magellan in both directions. This present work attempts to recover the figure of the Spanish explorer and complete his biography thanks to the discovery of new archival documents. Also, these documents will help to solve once and for all some related problems, such as the confusion with the “other” Ladrillero, often mistaken with the protagonist of our narrative.

Keywords: Juan Ladrillero (1505-1559), Strait of Magellan, XVIth Century, Colonial Chile.

Recibido: 06.09.2007. Aprobado: 12.09.2008.

¹ Doctor en Literatura Española, investigador postdoctoral del Ministerio de Ciencia e Innovación de España, Dipartimento di Americanistica, Iberistica e Slavistica, Università Ca'Foscari di Venezia, Venezia, Italia. E-mail: jgonbar@us.es

BIEN ES sabido que ciertos personajes históricos disfrutaban de una gloria excesiva o incluso injustificada a sus logros, mientras otros apenas han recogido los laureles que se ganaron por derecho propio. Hechos o hazañas de tintes homéricos permanecen marginados a pie de página mientras algunos acontecimientos no tan trascendentales han ocupado la mente, el tiempo y el interés de los historiadores desde antiguo. No se trata de condenar determinados puntos de vista (políticos, sociales, económicos, etc.) que muchas veces sesgan o desvirtúan el estudio de la Historia, sino de sacar a la luz grandes personalidades desconocidas para legos y profanos. Y es que en lo concerniente a América, pervive en nuestros días un olvido inmerecido que debería desempolvarse de los archivos. Es el caso de un marinero español, que a pesar del silencio alrededor de su figura, fue el primer cartógrafo y verdadero explorador del Estrecho de Magallanes: Juan Ladrillero (1505-1559)².

² Tanto la fecha de nacimiento como el año de la muerte están en disputa por una triste confusión de nombres entre el moguerense y “otro” Ladrillero, Juan Fernández Ladrillero, también marino. Si bien se acepta que el navegante debió de nacer en 1505, hay quienes prefieren adelantar su nacimiento unos años, hasta la última década del siglo XV. Respecto a su muerte, el debate está más abierto por la tesis de Barros Arana, Thayer Ojeda y otros, que creen demostrar que Juan Ladrillero todavía vivía en 1574, debido a la existencia de una declaración jurada en la Nueva España por parte de un tal Juan Fernández Ladrillero, al que confunden con el explorador. Según esta teoría, el capitán Ladrillero no habría muerto hasta 1582, es decir, que habría sobrevivido a su famoso viaje:

Después del viaje de exploración en el estrecho de Magallanes, Ladrillero siguió navegando en los mares de América. En 1574 se hallaba en Nueva España, donde el 13 de diciembre de ese año prestaba una declaración jurídica sobre lo que sabía o había oído acerca del pretendido estrecho de Anian, que debía servir de comunicación entre el océano Pacífico y el Atlántico, al norte de California (Barros Arana, 2000, p. 158).

El hallazgo de nuevas pruebas documentales ha demostrado que son a todas luces personajes distintos. Ya el oficial Guerrero Vargas en su introducción al texto de Ladrillero avisó de que no eran el mismo hombre: “No hai ni similitud de nombres entre el del nauta que siempre se firmó Juan Ladrillero [...] i el de Juan Fernández Ladrillero” (p. 454, asterisco). Comentario que los historiadores chilenos pasaron por alto. Años más tarde, la copiosa documentación de archivo aportada por Romero de Solís acerca de Fernández Ladrillero, vecino de Colima (México) y natural de Cartaya (Huelva), ha dejado claras contradicciones entre ambas biografías. Valga como ejemplo que en 1548, mientras el capitán Ladrillero luchaba en Perú contra Gonzalo Pizarro, Fernández Ladrillero dictaba testamento en su cama de Colima, enfermo de cámaras de sangre, que estuvieron a punto de llevarle a la tumba. El propio Romero de Solís concluye que, a la vista de los documentos, no es posible confundir al uno con el otro:

Todas estas noticias tan vinculadas a la villa de Colima no son fácilmente conciliables con las que se relacionan con otro “Juan Ladrillero”, prestigiado marino, que tuvo parte relevante en diversas expediciones en el sur de América, particularmente en Chile y Perú (2001, p. 154).

El siglo XVI fue un período convulso para España, especialmente a partir del último tercio de centuria. La monarquía hispánica vivió en un estado continuo de guerra o crisis económica que se retroalimentaba hasta el infinito, pero el quinientos también se erigió como el tiempo de los grandes descubrimientos, las expediciones utópicas y las victorias imposibles. La magna empresa americana estaba lejos de concluir y en los mapas quedaban todavía inmensas zonas de *terra incognita* por descubrir o conquistar. Sin embargo, antes de emprender ninguna campaña para poblar o ‘rescatar oro’, había que conocer bien la región mediante imprescindibles cartas geográficas que posibilitaran el avance seguro de la metrópoli. Si ardua, complicada y peligrosa era la exploración de las selvas o desiertos americanos, más aún era la travesía por aquellos mares ignotos, donde aguardaban tempestades traicioneras, vientos huracanados y farallones colosales. La tarea de reconocer y cartografiar latitudes vírgenes o semidesconocidas era encomendada directamente por la Corona, preocupada por conocer los límites de aquel Nuevo Mundo y ansiosa por descubrir nuevos recursos naturales que aliviaran la maltrecha economía nacional. Fuera por mar o por tierra, aquellas misiones eran bastante arriesgadas, por no decir suicidas, y necesitaban de hombres capaces, de espíritu inquebrantable y con un profundo sentido del deber. Los medios que se ponían a disposición de aquellos capitanes eran limitados –todavía más si no había otra fuente de financiación que la propia hacienda real– y el premio nulo o escaso, si conservar la vida es un pobre botín. Es cierto que siempre existía la posibilidad de hallar otro reino de riquezas sin límites, a modo de un nuevo Perú, y ser nombrado gobernador de aquellas tierras, pero en la mayoría de las ocasiones ya sabían de antemano poco más o menos lo que se iban a encontrar: la muerte.

Uno de estos hombres fue el capitán Juan Ladrillero. Sin duda, en su tiempo tuvo que ser un marinero de fama y reputación. Cronistas como Castellanos, Cieza de León y Fernández de Oviedo alabaron su valor, destreza y méritos como navegante:

Sin olvidar que son varios los cronistas de la época (Mariño de Lobera, Suárez de Figueroa, Rosales, etc.) que aseguran que el capitán Ladrillero murió a los pocos días de regresar del Estrecho. Después, su nombre desaparece por completo de las crónicas. Algo muy raro si, como se intenta defender, seguía explorando las costas americanas más de quince años después de su travesía por los canales patagónicos. Además, por aquel entonces rondaría ya los setenta años, lo que dificultaría aún más creer que un hombre del siglo XVI y con el trayecto vital tan azaroso de Ladrillero, continuara jugándose la vida por mares desconocidos a una edad casi milagrosa para su tiempo.

El general Benalcázar envía
al diestro capitán Juan Ladrillero
a descubrir dónde la mar batía
y ver la costa como marinero, [...]
En Ladrillero hizo nombramiento
por ser en cosas de la mar esperto
(Castellanos, 1955, III, p. 365).

A pesar de todo, quizás no exista en la actualidad personaje más olvidado en la historia colonial americana que aquel cosmógrafo que sirvió a dos reyes. Su vida y milagros, que diría Cervantes, fueron en buena medida encubiertos por la envidia, el infortunio y poderosas razones de Estado. Como ya señalaremos más adelante, la importancia de la misión apagó el éxito de Ladrillero. Los resultados se silenciaron y las pruebas de su paso por el Estrecho se escondieron, aunque por fortuna no del todo³. Afortunadamente, se ha conservado el relato de aquel último viaje, escrito de su puño y letra. En una primera lectura nos puede sorprender que no se trate de una crónica *stricto sensu*⁴, sino de una relación de hechos sobria, ajena a cualquier contaminación literaria y llena de información minuciosa acerca de los ca-

³ A pesar del celo, esfuerzo y vigilancia de la Corona por ocultar el valioso derrotero, algunos intelectuales cercanos a Felipe II pudieron leer sus páginas, como evidencia el jesuita José de Acosta, que, al parafrasear un comentario del mismo Ladrillero, demuestra que tuvo acceso al códice:

[...] y así le halló y pasó el capitán Ladrillero, cuya relación notable yo leí, aunque dice no haberse atrevido a desembocar el Estrecho, sino que habiendo ya reconocido la mar del Norte, dio la vuelta por el aspereza del tiempo, que era ya entrado el invierno y venían, según dice, las olas del Norte furiosas, y las mares hechas todas espuma de bravas (1987, p. 179).

De todos modos, tanto secreto de la administración imperial dio sus frutos. Las noticias acerca de la expedición serían confusas, sucintas y contradictorias, lo que añadió un halo de misterio al viaje, posibilitando la aparición de leyendas o cuentecillos:

También mandó aprestar dos navios, en que envió á descubrir el estrecho de Magallanes, en uno al capitán Ladrillero, vecino de La Paz, á quien subjectó el otro navio; capitán un maestresala suyo, llamado el capitán Cáceres. Salieron del Callao; el capitán Cáceres, no pudiendo sufrir los temporales de Chile, arribó á Valparaíso. El capitán Ladrillero pasó más adelante, pero no entró en el Estrecho, y si entró, por ser el tiempo de nieves, habiéndosele muerto marineros y soldados, volvió al puerto de la Concepción, donde una negra, viendo la tierra y puerto, de alegría se quedó muerta, y sin hacer ningun efecto cesó este descubrimiento (Lizárraga, 1909, p. 588).

⁴ En la actualidad, el término crónica se utiliza de una manera demasiado generosa: “Las crónicas –o lo que consideramos las crónicas– son un amasijo de textos que van desde la relación hasta la historia, pero que incluye también la carta, el memorial, el comentario y hasta la visitación” (González-Echevarría, 1984, p. 155).

nales patagónicos, que eran el auténtico objetivo de la expedición⁵. Pero esta pobre creatividad no sería achacable a una falta de imaginación por parte del capitán; como mucho, a una personalidad quizá demasiado formal, cumplidora y pragmática⁶. Porque ni es crónica, ni historia ni literatura, sino sencillamente un informe a la Corona.

El 29 de mayo de 1555, la princesa doña Juana, regente en ausencia de su padre y hermano, firmaba una real cédula en la que se ordenaba ampliar la gobernación del Reino de Chile hasta el Estrecho de Magallanes, es decir, hasta el mismísimo confín del mundo conocido. Para cumplir con semejante tarea se disponía la provisión de “algunos navíos” y se mandaba escribir el correspondiente informe o “relación” de todo lo que se fuera encontrando:

[...] enviéis algunos navíos a tomar noticia i relación de la calidad de aquella tierra i de la utilidad de ella, i a saber i entender qué población e jente hai en ella, e qué cosas se crian, e qué manera de vivir i costumbres tienen los que la habitan, e si es isla, o qué puertos hai en ella, e de qué manera se navega aquella costa, i si hai monzones o corrientes, e a qué parte o qué curso hacen, e qué manera de relijion tienen, e si son idólatras, e qué manera tienen de gobierno, e qué leyes i costumbres, e qué minas i metales, e qué otras cosas que sean provechosas hai en la dicha tierra, e si comen carne humana, e si hai o hubo entre ellos memoria de nuestra relijion o de otra secta, e si tienen leyes por elección o suceden por herencia o derecho de sangre, e qué tributos pagan a sus reyes; i entendido el secreto de todo, i sabido lo susodicho, nos enviaréis relación de ello (Guerrero Vargas (Ed.), 1880, p. 521).

En lo fundamental, no se diferenciaba del resto. Toda relación dirigida al rey se articulaba en dos ejes naturales: el paisaje y el otro, en una estructura discursiva que se basaba sencillamente en observar y describir⁷. En lo particular, es decir, el alto secreto y el sumo interés, hallaremos los detalles que

⁵ “El vocablo *relación* hay que conectarlo con los cometidos básicos de una relación del XVI: Dar testimonio personal de incidentes presenciados por el que redacta y suscribe y organizar coherentemente (*res, latio*) esos incidentes o datos para que cobren sentido” (Núñez Cabeza de Vaca, 1998, p. 21).

⁶ Como bien apunta González-Echevarría al tratar la retórica de los primeros textos de la Conquista, imaginación y naturaleza no tienen por qué ir de la mano: “Aunque no dudo de que haya muchos mecanismos de represión y sustitución en esos textos, la imaginación como mediadora pre o post lingüística entre el hombre y la naturaleza es un concepto netamente romántico, totalmente ajeno al pensamiento de los cronistas” (1984, p. 152).

⁷ “[...] implicaba para nuestro cronista un esfuerzo de aprehensión en dos niveles: observar y describir; sus referentes, la tierra y el hombre, estaban marcados por la distintividad, *naturaleza e indígena* constituyen los objetos a observar y describir, con destino a un hipotético lector que desconoce dichos referentes” (Núñez Cabeza de Vaca, 1998, p. 28).

hicieron tan especial aquella expedición. Para la Corona, la importancia estratégica de aquel laberinto de canales era un asunto de Estado. Las ganancias tanto militares como económicas de controlar aquella región austral se presentaban como irrechazables⁸. La piratería comenzaba a convertirse en un problema serio y dominar el Estrecho significaba monopolizar el paso entre los océanos. En 1558 consta que el plan seguía en marcha, como demuestra otra real cédula firmada por Felipe II en la que se apremiaba al gobernador de Chile a seguir explorando el Estrecho de Magallanes⁹. La paciencia del Rey Prudente se agotaba. Por aquel entonces, ya sabría del regreso milagroso de Cortés Ojea, capitán del otro navío¹⁰, y que a Ladrillero se le daba por muerto o desaparecido. De hecho, al parecer se continúan enviando modestas flotas de reconocimiento, aunque debieron fracasar una tras otra, pues no se conserva ninguna prueba o testimonio de que otra expedición repitiera el éxito del moguereno. Finalmente, nuestro protagonista regresa más muerto que vivo, aunque con las cartas náuticas que tanto deseaban en la corte. Por desgracia, su sacrificio no cambiará nada. Por desidia o escasez de recursos, durante más de veinte años la Corona no moverá un dedo para asegurar el Estrecho. Un error de previsión que se pagaría muy caro. En 1579, el pirata inglés Francis Drake consigue atravesarlo, sembrando el terror en todo el litoral pacífico. El saqueo del puerto peruano del Callao en noviembre de aquel año provoca la reacción de la Corona española, que decide poner en marcha un plan faraónico para poblar, defender y cerrar el Estrecho de Magallanes con nuevas ciudades, fortificaciones avanzadas y una gigantesca cadena de hierro que bloqueara la entrada por el mar del Norte (es decir, el océano Atlántico). En 1581, el ingeniero favorito de Felipe II, Tiburzio Spannocchi¹¹, diseña un proyecto que hubiera maravillado al mundo. Desgraciadamente, nunca llegó a acometerse debido a la falta de presupuesto y al fracaso estrepitoso de la expedición de Sarmiento de



F. Drake

⁸ No todo eran ventajas bélicas. Las posibilidades comerciales de aquella empresa no fueron dejadas a un lado. Antes de acabar el siglo, el duque de Béjar envió un memorial al rey, proponiéndole la creación de una compañía para el comercio de las Indias Orientales con las Filipinas a través del Estrecho de Magallanes (Sección Nobleza del Archivo Histórico Nacional, Toledo (AHN), Osuna, C.3486, D.20).

⁹ *Orden al gobernador de Chile: envíe relación tierras, etc.*, 20 de noviembre de 1558, Archivo General de Indias, Sevilla (AGI), Patronato, 32, R.4.

¹⁰ No se sabe a ciencia cierta el tamaño de la escuadra que lideró Juan Ladrillero. No existe consenso entre los estudiosos acerca del número y clase de embarcaciones que zarparon del puerto de Valdivia. Probablemente, dos o tres. Dos barcos (algunos hablan de naos, otros de carabelas) y un bergantín, de cuya existencia se tienen dudas razonables, aunque es mencionado por Miguel de Goicueta en el diario que escribió a bordo de la *San Sebastián*, la nave del capitán Cortés Ojea. El otro buque era el *San Luis*, capitaneado por Ladrillero.

¹¹ Para saber más acerca de la figura del famoso ingeniero italiano, véase Cámara Muñoz (1988).

Gamboa, que intentó colonizar la región¹². De poco a nada había servido entonces la heroicidad de nuestro explorador.

En suma, vistos los motivos, antecedentes y consecuencias que tuvo el viaje de Ladrillero por el Estrecho de Magallanes, podemos concluir que su *Relación*¹³, llamado en otros muchos lugares “derrotero”, fue la primera piedra de un ambicioso proyecto, tanto civil como militar, para cerrar el paso entre los océanos y salvaguardar así toda la costa americana del Pacífico de cualquier amenaza. De ahí que la prosa utilizada en su informe, desprovista de cualquier adorno retórico y centrada en los datos geográficos, esté de acorde al autor, objetivo y destinatario que nos ocupan. Si a todo lo anterior añadimos que el fin último de cartografiar el Estrecho no era otro que el estratégico, estaríamos ante uno de los primeros informes de lo que hoy consideraríamos como inteligencia militar de la Historia moderna.

Juan Ladrillero nació en Moguer (Huelva) en 1505, posiblemente, y como la mayoría de sus conciudadanos se adiestró en la vida marinera desde niño¹⁴. Muy joven cruzó el Atlántico, pues con sólo treinta años obtuvo la carta de examen de piloto de la Casa de la Contratación¹⁵. Había completado ya su undécimo paso a América. No obstante, su paso por la Carrera de Indias fue bastante corto. En 1536, de vuelta a España, una tormenta le hace naufragar cerca del cabo de San Vicente, perdiendo parte de la carga, pero no la vida¹⁶. Al parecer, este suceso le debió dejar bastante escarmentado porque sólo un año más tarde había abandonado la Carrera de Indias y aparece navegando en una expedición por el Mar del Sur bajo el mando del adelantado Pascual

¹² Pedro Sarmiento de Gamboa (1530-1592) es uno de los culpables de que la fama de Juan Ladrillero no sobreviviera a sus días. Cuando a finales de 1579 y principios del año siguiente, navega por los canales patagónicos, explorando, describiendo y bautizando todos aquellos lugares por los que previamente había pasado la *San Luis*, se olvida por completo de su predecesor, intentando acaparar los laureles de ser el primero en haber cruzado el Estrecho de Magallanes de oeste a este. En su relación a Felipe II, no hay ni una sola mención al capitán Ladrillero.

¹³ Según el *Anuario Hidrográfico*, el título completo sería *Relación del viaje al estrecho de Magallanes, escrita por Juan Ladrillero*.

¹⁴ Por desgracia, no existen grandes biografías sobre Juan Ladrillero, sólo resúmenes más o menos precisos. Recientemente, Ramón Arriagada publicó una biografía novelada (2004), si bien opinamos que cae demasiado en la literatura y poco en el rigor histórico. A pesar de los intentos modernos por recapitular su vida, nos seguimos quedando con la extensa noticia biográfica proporcionada por el oficial Guerrero Vargas (1880, p. 454, n. 4). En los últimos años, la historia de Juan Ladrillero ha aparecido en algunas obras divulgativas (Oyarzún, 1999; Fernández Vial y Fernández Morente, 2004, por citar algunas), aunque en esta última se mezcla en ocasiones a nuestro personaje con Juan Fernández Ladrillero, vecino de Colima (México), que navegó con Pedro de Alvarado.

¹⁵ Existe la posibilidad cierta de que este dato pertenezca a la biografía del “otro” Ladrillero.

¹⁶ *Carta de los oficiales de la Casa de la Contratación*, 11 de marzo de 1536, AGI, Indiferente, 1092, N. 133.

de Andagoya. Convertido en un experto cosmógrafo, explora la costa de Popayán, descubre la bahía de la Cruz, entre los ríos de San Juan y la Gorgona, y funda la ciudad de Buenaventura, en la que el Adelantado le nombra su teniente. Por culpa del violento desacuerdo entre Andagoya y Benalcázar por los límites de sus gobernaciones es relegado de su cargo pronto¹⁷. Según el testimonio de Fernández de Oviedo, Juan Ladrillero ayudó de manera encubierta al cordobés, que a la postre resultaría el vencedor de la contienda:

Y echada alguna gente en bateles, quiso su ventura que el teniente del adelantado o capitán Ladrillero hobo sentimiento desta armada, e vino a habla con Benalcázar, y en lo público no consintió que se desembarcase en aquel puerto. Sus émulos dicen que fué maña, e que aunque dijo que aquello era de la gobernación del adelantado Andagoya, dió aviso al Benalcázar para que se fuese por un puerto nuevo, que se dice Realejo, que es por donde había entrado el Andagoya, e lo había descubierto, la tierra adentro hasta la cibdad de Lile; el cual nombre Benalcázar le quitó e llamó Cali (1992, III, p. 18).



Vaca de Castro

Al poco se traslada a Perú, estableciéndose como vecino de Lima, donde entra al servicio del licenciado Vaca de Castro, que había intercedido en el conflicto, intentando poner paz entre los conquistadores. En 1545, el estallido de la rebelión de Gonzalo Pizarro le obliga a viajar a Quito apresuradamente para llevar noticias de los movimientos de tropas al virrey Núñez de Vela, a quien servirá como espía, capitán y hombre de armas. Siempre leal a la Corona, ayuda al hermano del virrey en su intento de huir a España, llevándole hasta Panamá; sin embargo, la traición del general Pedro de Hinojosa, que se había pasado al bando de Pizarro, provoca la captura de ambos. En un principio, Ladrillero consigue escapar, pero después de tres días de frenética persecución, solo, desamparado y hambriento decide entregarse a los rebeldes:

El capitán Juan Ladrillero, como sintió la burla, echó a huir por aquellas breñas y espesuras [...] anduvo tres días huido y muy perseguido de un tigre, que fue cosa extraña no despedazarle, y constreñido de necesidad y por la hambre, él mismo se hubo de ir a meter en las manos de Hinojosa y de los demás (Cieza de León, 1985b, pp. 468-469).

¹⁷ Durante el conflicto, el Adelantado se había servido de los conocimientos de Ladrillero como cosmógrafo, encargándole el cálculo de los límites de su gobernación para poder presentarlos de inmediato ante el Emperador: “La ‘demarcación verdadera’ de su gobernación que Andagoya promete enviar al rey fue efectuada más tarde por Juan Ladrillero, según sus órdenes, en forma de mapa acompañado de texto, y fué mandada a España a 15 de septiembre de 1540, desde Cali, con la carta de Andagoya” (Trimborn, 1952-1955, p. 77).

El control del mar por parte de los pizarristas era absoluto. Bajo el mando de Hinojosa, se habían hecho con el control tanto de la Armada del Mar del Sur como de la Armada de Tierra Firme. A pesar de todo, el nuevo capitán general no consigue convencer a Ladrillero para que se sume a la causa de Pizarro, por lo que es encarcelado en Nombre de Dios a la espera del cadalso. Entonces, se produce un vuelco completo de la situación. La llegada del licenciado La Gasca a Panamá para sofocar la insurrección posibilita la libertad de Ladrillero, que inmediatamente se pone al servicio del envío del Emperador. Como capitán de infantería, se coloca al frente de una de las banderas reales contra Gonzalo Pizarro, que es derrotado finalmente en la batalla de Jaquijahuana (1548). El fin de la rebelión pizarrista y el restablecimiento de la autoridad imperial en Perú animan a Ladrillero a abandonar su vida aventurera y retirarse a su rica encomienda de Chuquiago (La Paz), probablemente un premio de La Gasca a su lealtad¹⁸. Tan cerca como vivía del lago Titicaca, enseguida se siente fascinado por la belleza de aquel lugar mítico para el pueblo inca. Por encargo del licenciado o por iniciativa propia, decide construir un bergantín para poder navegar por sus aguas y demostrar que se trataba de un lago interior que no tenía salida al mar. Como buen cosmógrafo, mide con precisión todo el contorno de la gran laguna, calculando su anchura, dimensión y hasta profundidad:

Esta laguna [Titicaca] es tan grande que tiene por contorno ochenta leguas, y tan honda que el capitán Juan Ladrillero me dijo a mí que por algunas partes della, andando en sus bergantines, se hallaba tener setenta y ochenta brazas, y más, en partes menos (Cieza de León, 1985a, p. 363).

El feliz retiro de Ladrillero no duraría demasiado. A principios de 1557 el virrey de Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, le pone al frente de la escuadra que escoltaría a su hijo, don García, flamante gobernador de Chile, hasta su nuevo destino. A pesar de tener una edad notable para su tiempo, ya había rebasado los cincuenta, acepta la misión y abandona las comodidades de su fértil encomienda del Alto Perú. Jamás regresaría a casa. Nada más atracar en Chile, participa en acciones de guerra contra los araucanos. Ago-

¹⁸ En enero de 1553, Juan Ladrillero aparece entre los firmantes de una súplica contra la provisión real de abolir el servicio personal indígena. Los nombres de la lista son todos vecinos encomenderos de La Paz, algunos antiguos y otros recientes, pero entre ellos abundan quienes más se destacaron en la resistencia contra la tiranía de Gonzalo Pizarro: Alonso de Alvarado, Diego de Peralta, Alonso de Barrionuevo, el propio Ladrillero, etc. El documento completo se puede hallar transcrito en un trabajo publicado en la *Revista de Indias* (Sempat Assadourian, 1988, pp. 139-143).



La Gasca



G. Pizarro

biado, don García le encarga que retroceda por la costa hasta la desembocadura del río Maule para avisar a la caballería que mandaba el maestre de campo Juan Remón de que debía forzar la marcha para socorrer a la infantería, que se encontraba en grave peligro:

Y el providente joven entretanto
despacha a Ladrillero por la posta,
que en un batel se vaya costa a costa,
rompiendo el mar cerúleo todo cuanto
la fuerza de los remos alcanzare
hasta que en el canudo Maule pare.
Adonde si la gente, como piensa
con Juan Remón hubiera ya llegado,
le dé razón allí de lo pasado
para que acuda luego a su defensa
(Oña, 1917, pp. 305-307).

Por aquel entonces, ya estaba en poder de don García el mandato real de explorar y cartografiar los canales patagónicos. Quizá el propio Ladrillero sabía de antemano su verdadero destino cuando salió camino de Chile. Desconocemos cuándo recibió la orden, pero tuvo que ser bien pronto, pues la expedición estaba prevenida, aparejada y lista para zarpar antes de acabar el año (Vivar, 1979, p. 239). Concretamente, el miércoles 17 de noviembre de 1557 la flotilla salía del puerto de Valdivia, rumbo al Estrecho de Magallanes.

Como ya hemos señalado en páginas precedentes, la fuente principal que disponemos sobre aquel viaje es la relación que escribió el mismo Ladrillero, dejando en un segundo plano el diario que Miguel de Goicueta redactó a bordo de la otra nave, la *San Sebastián*¹⁹. El manuscrito se halla guardado en el Archivo General de Indias, aunque en realidad se trata de una copia del original, que se ha perdido²⁰.

El texto comienza con la tradicional fórmula de devoción, obligada en la retórica de la España del Quinientos. A la cabeza, las invocaciones divinas: “En el nombre de la Santísima Trinidad, padre, hijo i espíritu santo...” (*Anuario*, p. 456)²¹ y después el homenaje a los poderes terrenales: “[...] lo cual voi

¹⁹ Muy poco aporta este texto acerca de la suerte de Ladrillero, ya que una tormenta separó ambas embarcaciones antes de llegar a la boca del Estrecho, y ya nunca más se volverían a encontrar.

²⁰ *Descripción del viaje de Juan Ladrillero: Estrecho de Magallanes*, 1558, AGI, Patronato, 33, N.1, R.1.

²¹ A partir de aquí, siempre citaremos el texto de Ladrillero por la transcripción ofrecida por la Marina chilena en 1880, a la que llamaremos *Anuario*.

a hacer en nombre de Su Majestad, i del mui ilustre señor don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete...” (p. 456). No podía ser de otra manera. Una vez satisfecho el protocolo, el marino pasa a anunciar el objetivo de la expedición. Las órdenes eran claras: “acabar de descubrir el Estrecho de Magallanes” (p. 456) y describir prácticamente todo lo que pasara por delante de sus ojos:

Relación, derrotas i altura i señales de tierra, i calidad de ella, i traje i manera de la jente de cada provincia o bahía, i los tiempos que reinan en ella en todos los meses del año; i asimismo para que así mas bien entendida sea, i rehablando en las derrotas i altura de la costa, de cómo se corre i el altura en que está, i señales de las bahías i puertos, i la distancia de lo que cada una bahía entra en la tierra adentro, i cómo se corre, i las brazas que en ellas hai, i la calidad de la jente i traje que en cada una acostumbra traer, i las armas que tienen para ofender; i dicho i declarado, tornaré desde la misma bahía de la boca de la mar a hablar en cómo se corre la costa adelante desde aquella bahía a otra, i la altura en que está, i las brazas que en ella hai, i la calidad de la tierra, i traje de la jente, como dicho tengo, de una en otra; i así iré declarando i discurriendo por esta mi relación (p. 457).

En definitiva, la información era la piedra angular: “[...] por Su Majestad mas bien informado sea de lo que mas a su real servicio convenga” (p. 458). Ladrillero se muestra convencido en todo momento de la enorme trascendencia de aquella empresa. Sus barcos navegaban hacia un lugar del que se conocía muy poco y de manera indirecta. Una vasta región que estaba todavía sin explorar. Fernando de Magallanes había cruzado el paso más de treinta años atrás, pero no había dejado ningún mapa o carta náutica que pudiera servir a otros pilotos para orientarse en aquel nudo infernal de aguas heladas. Por lo tanto, era prácticamente una tierra virgen a ojos de los españoles.

La narración del viaje es lenta, prolija en las descripciones naturales y monótona en sus comentarios. Las páginas están llenas de medidas, distancias y dimensiones de cada una de las puntas, islas y farallones que surgían en cada recodo. Como toda relación del siglo XVI se preocupa en describir de manera minuciosa todo lo que le rodea, aunque se centra en dos vértices fundamentales: la tierra y el indio. Bien es cierto que la prosa es desnuda, sin ningún vestido retórico y abundante en datos técnicos, pero de vez en cuando surgen pinceladas a simple vista menores, pero que aportan indicios valiosos sobre las dificultades que Ladrillero y sus hombres sufrieron con entereza. De otra forma, no sabríamos prácticamente nada de los avatares que padecieron.



A. Hurtado de Mendoza

LA TIERRA

La visión de la naturaleza inhóspita de los canales patagónicos debió de ser desoladora para aquellos marineros, que nunca habían visto nada semejante. En el extremo austral del continente americano, la tierra se despedaza en grandes terrones que forman infinidad de canales, bahías y cabos. La humedad propia de aquella zona se incrementaba de manera insoportable por las abundantes lluvias. Tanto es así, que Ladrillero agradecía cada respiro que les brindaba el cielo: “Este mes nos llovió poco, aunque son grandes las lluvias que en esta tierra hai, que nunca se deja de llover” (p. 472). Si las continuas precipitaciones eran un castigo para sus cuerpos maltrechos, más aún lo era el viento que soplaba sin descanso por aquellos lares: frío, cortante y furioso, incluso en verano:

Los tiempos que en esta bahía de San Lázaro reinan son los que en la otra bahía cerca de la mar en el mes de diciembre i enero: nortes que duraban veinte i cuatro horas, recios; i de aquí rodaban a la travesía; i de aquí tenía tres i cuatro días; i vuélvese al norte, i vienta mucho; i siempre llueve (p. 485).

Era un terreno desolado, húmedo y pobre en recursos naturales, salvo madera y mariscos. Poco a poco, aquel clima gélido diezmaría la expedición. Fuera verano o invierno, el viento, la lluvia e incluso la nieve no dejaban de castigarlos en aquel laberinto de tierra y agua salada: “Los tiempos que aquí hallé eran uestes i uesnoruestes, i uesudestes, i sudestes mui recios, i mui grande frio, aunque la nieve no era mucha, por causa de ser la tierra baja i llana, i los vientos mui soberbios” (p. 497). La desesperanza era tan grande que incluso la leña, que era de lo poco que se encontraba con facilidad, tampoco era un remedio del todo efectivo contra el frío. Calentaba el cuerpo, pero perjudicaba la vista. Según parece, al arder creaba un humo que provocaba una molesta irritación en los ojos. Cuenta Ladrillero que el dolor tardaba varios días en remitir: “[...] los árboles son mui buena leña; aunque sea verde, arde bien; i el humo de ella, en toda esta tierra hace mal a los ojos, que adolecen de él, pero, a dos o tres días, i cuatro se quita” (p. 489). En este último pasaje, destaca sobremanera la sencillez en el tono del capitán, restándole cualquier importancia al hecho, como cada vez que tenía que relatar algo que pudiera dar más lustre a su viaje. El estilo humilde de Ladrillero, propio de soldado viejo, nos recuerda mucho a las memorias de espadas (Diego Núñez Alba, Miguel de Castro, Jerónimo de Pasamonte, etc.),

donde lo extraordinario se presentaba siempre detrás de un velo de cotidianidad.

En el Estrecho de Magallanes no sobraba el sustento ni para los nativos. En más de una ocasión, la tripulación de la *San Luis* comercia con las diferentes tribus para conseguir algo de comida. Lejos quedaban los tiempos de Cortés o Pizarro, cuando el trueque era oro por cuentas de vidrio. Por tanto, cuando tienen la suerte de tropezar con una manada de cérvidos, probablemente huemules (*Cervus chilensis*), es anotado en la relación como un acontecimiento de suma importancia, tanta como para bautizar aquel lugar como la ‘punta de los Venados’²². Al menos, por algunas jornadas, se acababa la carestía de víveres: “[...] dimos la vuelta a la punta de los Venados, donde, en término de una hora, mataron dos arcabuceros quince” (p. 483).

A lo largo de la *Relación*, el capitán Ladrillero matiza, advierte y aconseja acerca de las mejores maneras de atravesar el Estrecho, ya sea viniendo de España o de Perú: meses, rutas, peligros, etc. Entre aquellos avisos para navegantes, sobresale en buena medida el último de todos. Si bien la narración no concluye con el regreso a Chile, sino a mitad del camino de vuelta, la advertencia postrera está dedicada a un fenómeno natural que sin duda hacía muchas jornadas que habrían dejado atrás, pero que por razones evidentes no dejaba de maravillar al experto marino. Con un tono desmesurado poco habitual, señala la amenaza que significaba tropezarse con unas colosales “sierras nevadas”, tan llenas de nieve que a veces se rompían con estrépito en gigantescos pedazos, “como naves, como casas”, capaces de aplastar cualquier barco o edificio:

[...] pero tenerse ha aviso que si por los dos canales que de él salen [...] o en cualquiera otra de este rejion, si acaso se ofreciere que fueren descubriendo por aquellos brazos, o por cualquiera de ellos, i vieren sierras nevadas que vengan sobre el canal por donde fueren, que se aparten de ellas, porque hai en muchas partes de ellas tanta nieve que las sierras tienen sobre sí cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez brazas de nieve i mas, i ménos, según parece estar recojida de muchos tiempos; i cuando la sierra está mui cargada de ella, quiebra la nieve i viene rodando haciéndose pedazos, cien estados, i doscientos, i trescientos, i mil, i mas, i ménos; i viene con gran ruido, a manera de truenos, por la sierra abajo, i da en el

²² En realidad, la trascendencia del hallazgo no residía en los animales, sino en el lugar en sí, porque el capitán Ladrillero había descubierto las últimas estribaciones (o primeras, según lo queramos ver) de la Cordillera de los Andes y el inicio de las llanuras que se extendían hasta la orilla del Atlántico.



Mapa del Estrecho de Magallanes. Grabado de la obra de Hulsius (1626).

brazo i canal gran multitud de ella en pedazos, como naves, o como casas, i casi tamaños como solares, i menores, i de seis, i de siete, i de ocho, i de nueve estados de alto, i dan en el agua, i son tan duros como una peña, que no hubiera fortaleza, ni otra cosa de edificio, que no la echasen por la tierra o en el fondo (pp. 518-519).

Sin lugar a dudas, era algo que jamás había visto antes. No había nada comparable en las templadas costas españolas. Hasta entonces, muy pocos marineros habrían tenido la ocasión de contemplar la majestuosidad de un glaciar.

EL INDIO

Otro vértice fundamental en toda relación era el estudio del otro, el indígena, que tantos debates estaba suscitando en la España de la época. A la monarquía hispánica le interesaba no sólo la localización de los recursos naturales que pudieran engordar la hacienda real, sino también la naturaleza de los distintos pueblos amerindios que habitaban el Nuevo Mundo. A pesar de que la primera cuestión que se solicitaba saber, “si son idólatras”, era casi una pregunta retórica, se intentaba conocer hasta el último detalle de sus “leyes y costumbres”. Aquella información tendría diferentes usos para la Corona. No podemos olvidar que el fin último era ganar almas para Dios, pero también vasallos para el rey.

El explorador proporciona cuantiosos datos sobre varias de las tribus que se va encontrando por el camino, aunque siempre menciona los mismos detalles (vestido, armas, alimentación...), como si escribiera una ficha etnográfica de cada uno de ellos. Su trato con los indios suele ser amistoso, aunque no deja de tener algún choque violento con ellos, especialmente uno a la vuelta, que pudo acabar de manera trágica para Ladrillero y los suyos.

El primer encuentro se produce en la bahía de Nuestra Señora del Valle. No se revela el nombre de la tribu, pero podría haberse tratado de los poy-yus o peyes, según el estudio del jesuita Thomas Falkner²³. Aparte de una descripción física detallada, Ladrillero no explica nada acerca de cómo fue aquella entrevista, aunque parece probable que no consiguieran mucho de



²³ “Los huilliches o moluches australes se extienden desde Valdivia hasta el estrecho de Magallanes. Se dividen en cuatro tribus o naciones distintas [...] La tercera nación se llama Poy-yus, o Peyes, y ocupa la costa del mar desde los 48 hasta un poco más allá de los 51 grados de latitud sur” (2003, p. 170).

ellos, ni trueque ni lenguas, visto el apunte suelto de “son mui salvajes i sin razón”:

La jente que hai en esta ensenada susodicha, son indios pescadores de mediano cuerpo i mal proporcionados. No tienen sementeras; mantié-nense de pescado, i marisco, i lobos marinos que matan; i comen las carnes de los lobos i pescado cruda, o aves cuando las matan, i otras veces las asan. No tienen ollas, ni otras vasijas; ni se ha hallado sal entre ellos. Son mui salvajes i sin razón. Andan vestidos de los cueros de los lobos i de otros animales, con que se cubren las espaldas, i caen hasta las rodillas, i una correa que les atan por el pescuezo a manera de las liquiras que traen las indias del Cuzco. Traen sus vergüenzas de fuera sin ninguna cobertura. Son de grandes fuerzas. Traen por armas unos huesos de ballena a manera de dagas, i unos palos, como lanzuelas mal hechas. Andan en canoas de cáscara de cipreses i de otros árboles. No tienen poblaciones ni casas, sino que hoi aquí, mañana en otra parte, i donde quiera que llegan, llevan unas varillas delgadas, las cuales ponen en el suelo, i con corteza de árboles, que en las dichas canoas traen, hacen sus casillas chiquillas, a manera de ranchos, en que se meten i se reparan del agua del cielo i de la nieve (*Anuario*, pp. 464-465).

El segundo grupo indígena aparece en la llamada bahía de San Francisco. A tenor de los datos ofrecidos, no existían diferencias notables con el primero, lo que llevaría a pensar en cierto parentesco etnográfico entre ambos. Según la nota del *Anuario*, podrían ser los tayjatases, aunque un poco más adelante se nos advierte de que habrían desaparecido, probablemente extinguidos o asimilados por otras tribus más meridionales, pues ya no se atestigua la presencia de ningún pueblo en la zona. Como ya sucediera con el caso precedente, tampoco se nos cuenta nada sobre las vicisitudes del encuentro:

La jente de esta bahía es bien dispuesta i de buen arte. Tienen barbas los hombres; i no mui largas sus vestiduras: son unos pellejos de lobos marinos i de venados, atados por el pescuezo, que les llegan a las rodillas. Así los hombres, como las mujeres, todos traen sus vergüenzas de fuera, sin traer ninguna cosa delante. Traen unos dardillos mal hechos i dagas de huesos de ballena de palmo i medio i de dos palmos. No tienen asiento en ninguna parte. Andan en canoas de cáscara de árboles, i de unas partes en otras. Comen carne de lobos marinos i de otros peces i animales cruda, i mariscos. No tienen ollas ni otras vasijas, ni comen sal, ni saben qué cosa es. Traen en las canoas unas varas delgadas; i donde quiera que llegan, arman en casa; i allí se reparan del agua del cielo i de la nieve, en invierno, que suele caer mucha (p. 473).

A la siguiente la hallaron cerca de la boca del Estrecho, en la bahía de San Lázaro. Quizá fueran los huemul²⁴. En esta ocasión, sí se nos glosa parte de lo sucedido, dejándonos un relato conmovedor que vendría a elevar la calidad moral y humana de Juan Ladrillero. Aquella pequeña tribu, tan pobre y desvalida, ni siquiera se defiende cuando deciden llevarse a sus mujeres y niños. El explorador, conmovido por la indefensión de aquellos desdichados, manda devolver los cautivos:

La jente de esta tierra es jente bien dispuesta; los hombres i las mujeres, pequeños, i de buen arte, i de buena masa, al parecer. Sus vestiduras son de cuero de venados, atados por el cuello, que les cubren hasta abajo de las rodillas. Traen sus vergüenzas de fuera, así los hombres, como las mujeres. Comen la carne cruda i el marisco; i si alguna vez lo asan, es mui poco, cuando lo calientan. No tienen casas, ni poblaciones. Tienen canoas de cáscaras de cipreses i de otros árboles. En ellas, traen sus mujeres, i amigos, e hijos; i con unas varas delgadas i cáscaras de árboles, que tienen en sus canoas, donde quiera que llegan, hacen un rancho de pequeño, donde se abrigan del agua i nieve. No les vimos armas, aunque les tomamos mujeres i muchachos, i tornamos a soltar las mujeres. Son mui pequeñas de cuerpo. Es jente bien ajestada, i mas los muchachos, que las mujeres (pp. 484-485).

Agotada por un invierno inclemente, la tripulación de la *San Luis* decide refugiarse en el puerto de los Remedios de marzo a julio. Por aquel entonces, debieron de entrar en contacto con otra tribu del Estrecho. A diferencia de los anteriores, aquellos indígenas eran altos, bien proporcionados y de complejión fuerte. Eran los llamados onas (Zapater, 1998, p. 109). De nuevo, sólo se nos proporciona la misma información de siempre:

La jente de esta boca del Estrecho, a la parte de la Mar del Sur, es bien dispuesta de cuerpo. Así los hombres, como las mujeres, son soberbios i de grandes fuerzas; i las mujeres bien ajestadas. Su traje es cueros de lobos i de nutrias; atados por las gargantas, que les llegan hasta las rodillas, manteniéndose de lobos marinos que matan, i de marisco, i pescado, i de ballenas, que dan en tierra; cómolo crudo, i otras veces lo asan poca cosa. Sus armas son unos dardillos de madera blanca, i de dagas de hueso de ballena i de animales. Traen canoas de cáscaras de árboles cosidas con barbas de ballena. No tienen asiento en ninguna parte; i donde quiera que llegan, ponen unas varas, i encima unas cortezas de árboles, con que se reparan del agua i del viento (*Anuario*, p. 490).

²⁴“Encontramos remota ilación entre la descripción de Ladrillero i la que da Fitz-Roy para la tribu Huemul, que según él, habita la comarca inmediata a las aguas de Otway i Skyring i procede de una mezcla en la que predomina la sangre de los Yacanas” (p. 485, n. 100).



Habitantes en las riberas del Estrecho de Magallanes.

Ya de regreso a Chile se mencionará a las tribus patagonas por última vez, aunque ahora de manera sucinta. Como ya hemos advertido en páginas anteriores, la relación de la vuelta está inconclusa y no evidencia tanto la minuciosidad característica de la prosa de Ladrillero. Sin duda, todo motivado por las condiciones lamentables en las que debieron afrontar el camino a casa. El hambre, el frío y el mar se habían llevado a una buena parte de la tripulación y los pocos supervivientes, entre ellos nuestro capitán, estarían enfermos, débiles y macilentos. A duras penas, el explorador pudo seguir escribiendo.

En el golfo de Xaultegua se bautiza a uno de los puertos como el de la Traición, y enseguida el capitán nos cuenta el motivo. Unos indígenas intentan aprovecharse del estado tan lamentable de los españoles para intentar robarles víveres y apoderarse del barco, si es posible. Para ello fingen ir en son de paz para atraer la proa de la *San Luis* hacia la playa. En cuanto los primeros marineros bajaron a la arena, comenzó el ataque:

[...] i dentro hai buen puerto, que le puse el puerto de la Traición, porque nos vinieron los naturales de paz, i teniendo la proa del navío junto de tierra, dieron de guerra sobre la jente que en el navío estábamos, por estar confiados en las paces i en el bien que les habíamos hecho. Nos dieron muchas pedradas i dardos, queriéndonos tomar el navío. Así hirieron de piedra algunas personas, sin les poder hacer mal; i des que nos vieron con las armas en la mano, huyeron, i se fueron desde estas islas susodichas a una isla que parece cerca, que está pegada con la tierra (pp. 512-513).

Al parecer, por las palabras de Ladrillero, se trataba de viejos conocidos, porque se queja de la traición a pesar del “bien que les habíamos hecho”. Sin más datos, es imposible identificar al grupo porque tanto podría ser una de las tribus ya mencionadas, como alguna otra que el explorador no incluyera previamente en su derrotero.

EL HAMBRE, COMPAÑERA INFATIGABLE

Podemos asegurar sin temor a equivocarnos que el capitán no dejó en su relación ningún lamento por escrito, ni del viaje ni de su tripulación²⁵, ni

²⁵ En la relación de Ladrillero, apenas existen menciones a sus compañeros de viaje y nunca se personaliza en nadie en concreto, por lo que sabemos muy poco acerca de quiénes estaban a bordo de la *San Luis*. Ahora bien, a lo largo del documento algunos lugares son bautizados con nombres

siquiera con el propósito mal disimulado, como hacían tantos otros, de magnificar sus logros y así presentarse ante el Consejo de Indias como digno acreedor de honores o prebendas. Valga como ejemplo que cuando pasan hambre, se limita a comentar de manera lacónica que “faltaban los bastimentos”. Ni siquiera le dedica una sola línea al dramático momento en el que una fuerte tempestad separa las naves cerca del cabo de San Román²⁶. El estoicismo del capitán Ladrillero llega a extremos encomiables, fe y testimonio de su carácter, sin duda, aunque parece ser que a veces le traicionaba su subconsciente. Todavía en compañía de la nave de Cortés Ojea, poco antes de la fatal tormenta, en una de sus largas descripciones de la orografía, escribe el comentario siguiente:

[...] tiene un cerro alto a manera de volcan, cercenado por el tercio de arriba, con tres cerros menores, que nacen del dicho volcan, i corren al norueste; i al norte de este volcan, que dicho tengo, hai otro cerro alto que hace como pan de azúcar (p. 464).

La metáfora gastronómica hubiera pasado desapercibida, aun sabiendo de los tempranos problemas de abastecimiento que sufrieron, de no ser porque más adelante se volverá a repetir. No muchos días después, ya navegando la *San Luis* en solitario, Ladrillero detalla el paisaje de la bahía de San Francisco de esta manera: “Hace el cabo cortado hacia la mar algo prolongado i encima llano; i hace tres cerros llanos i bajos, como panes” (p. 468). Y en el mismo lugar, continuando la descripción de la línea de costa, insiste: “[...] dentro del dicho cabo [de San Francisco], conocerle han en que es tajado a la mar, prolongado i la tierra alta, como dicho tengo; i si le tienen al oeste, hace por cima de él una sierra redonda, como un pan” (p. 468). A nuestro juicio, con tres ejemplos ya no estaríamos ante una mera casualidad. El recuerdo constante a un pan que aparece y desaparece en cada cerro o colina redondeada, sería un anhelo oculto por aquello que más le faltaba: el alimento. Ya hemos señalado que en el texto no se recogen quejas a las condiciones en las que se había visto obligado a emprender viaje tan temerario; sin embargo, sabemos que se ven necesitados de pescar marisco o cazar venados a la menor oportunidad, pues las provisiones debían ser bas-

que a todas luces serían de miembros de la tripulación: los puertos de Hernán Gallego –probablemente, el piloto–, la ensenada de Francisco Martín Palomino, la isla de Juan Mazía, etc.

²⁶ El temporal sobrevino la noche del 10 de noviembre de 1557. A partir de entonces, ambas embarcaciones pierden contacto y cada una emprende su propia navegación hacia la boca del Estrecho, con el resultado por todos sabido. No obstante, Claudio Gay en su sumario del viaje de Ladrillero retrasa la tormenta hasta mayo de 1559, es decir, ya en el camino de vuelta.

tante escasas. Como espejismos en el desierto, el navegante cree ver comida en cada lugar de aquella yerma región. No de manera literal, por supuesto, no estamos diciendo que el capitán se estuviera volviendo loco, pero sí que el hambre le estaba induciendo una “nueva” retórica en su relación, que de vez en cuando afloraba de forma inconsciente.

CONCLUSIONES

En suma, la vida de Juan Ladrillero fue azarosa, llena de sacrificios, pero plena, como la de tantos otros españoles del siglo XVI. Entre sus logros, además de la singladura por el estrecho de Magallanes, están el haber encontrado el nacimiento de la Cordillera de los Andes o ser el primero en circundar el lago Titicaca. Marino desde la cuna, prácticamente dejó su huella en las cuatro esquinas del continente americano: comenzó de piloto en el Caribe, en la famosa Carrera de Indias, después exploró las costas de la actual Colombia, luchó en Perú y finalmente cavó su tumba en Chile. Después de una vida aventurera, ya viejo, aburrido y retirado del mundo, fue llamado a servir a su rey una última vez. La misión encargada por la Corona era poco menos que un suicidio, dados los medios y condicionantes de la marinería de la época: explorar el Estrecho de Magallanes de principio a fin. Hombre de honor, contra viento y marea cumplió con su deber, no dejando de escribir su relación a Felipe II hasta que finalmente cayó muerto nada más regresar. Podía morir feliz porque el éxito había sido rotundo. El capitán Ladrillero se había convertido en el primer hombre de la Historia en cruzar el Estrecho en ambas direcciones. Además, de su puño y letra entregó un derrotero fidedigno, preciso y completo de los canales, islas y bahías de aquel laberinto de tierra y agua salada. Lamentablemente, su hazaña quedó ensombrecida por el paso del tiempo, intereses de Estado y la mala fortuna, que apagaron su estrella de manera injustísima. Por todo lo cual, aquel último viaje supuso una doble derrota para nuestro explorador, porque, por un lado, consiguió hallar la ruta o “derrota” a través de los canales y, por otro, su esfuerzo, sacrificio y muerte parece que no sirvieron para nada. *Vale.*

REFERENCIAS

Acosta, J. de. 1987. *Historia natural y moral de las Indias*. José Alcina Franch (Ed.). Madrid: Historia 16.

- Arriagada, R. 2004. *Juan Ladrilleros, el navegante olvidado*. Puerto Natales: Fior-do Azul.
- Barros Arana, D. 2000. *Historia general de Chile. Vol. 2*. [reimpresión]. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Cámara Muñoz, A. 1988. "Tiburzio Spannocchi, ingeniero mayor de los reinos de España". *Revista de la Facultad de Geografía e Historia*, 2, 77-90.
- Castellanos, J. de. 1955. *Elegía de varones ilustres de Indias*. Jorge Luis Arango y Miguel Antonio Caro (Eds.). Bogotá: Editorial ABC.
- Cieza de León, P. 1985a. *La crónica del Perú*. Manuel Ballesteros (Ed.). Madrid: Historia 16.
- . 1985b. *Las guerras civiles peruanas*. Carmelo Sáenz de Santamaría (Ed.). Madrid: CSIC.
- Falkner, T. 2003. *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*. Raul José Mandrini (Ed.). Buenos Aires: Taurus.
- Fernández de Oviedo, G. 1992. *Historia general y natural de las Indias*. 5 vols. Juan Pérez de Tudela Bueso (Ed.). Madrid: Atlas.
- Fernández Vial, I. y Fernández Morente, G. 2004. *Los marineros descubridores onubenses*. Huelva: Diputación de Huelva.
- Gay, C. 1844. *Historia física y política de Chile*. Tomo I. París: [s.n.].
- González-Echevarría, R. 1984. "Humanismo, retórica y las crónicas de la Conquista". En *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*. Roberto González-Echevarría (Ed.). Caracas: Monte Ávila Editores.
- Guerrero Vargas, R. (Ed.). 1880. *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*. Tomo VI. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.
- Lizárraga, Fray R. 1909. *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Manuel Serrano y Sanz (Ed.). Madrid: Bailly-Baillière.
- Núñez Cabeza de Vaca, A. 1998. *Naufragios*. Trinidad Barrera (Ed.). Madrid: Alianza editorial.
- Oña, P. de. 1917. *Arauco domado*. José Toribio Medina (Ed.). Santiago de Chile: Academia Chilena.
- Oyarzún, J. 1999. *Expediciones españolas al Estrecho de Magallanes y Tierra de Fuego*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.
- Romero de Solís, J. M. 2001. *Andariegos y pobladores: Nueva España y Nueva Galicia, siglo XVI*. México: Colegio de Michoacán.
- Sempat Assadourian, C. 1988. "La renta de la encomienda en la década de 1550: piedad cristiana y desconstrucción". *Revista de Indias*, 48 / 182-183, 109-146.
- Thayer Ojeda, T. 1939. *Formación de la sociedad chilena y censo de la población de Chile en los años de 1540 a 1565*. Tomo II: Parte biográfica. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.
- Trimborn, H. 1952-1955. "Una carta inédita de Pascual de Andagoya". *Revista española de Antropología Americana*, 1, 75-82.

Vivar, G. de. 1979. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile (1558)*. Leopoldo Sáez-Godoy (Ed.). Berlín: Colloquium Verlag.
Zapater Equioíz, H. 1998. *Aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros*. Santiago de Chile: Andrés Bello.

